

la discordia entre los germanos y moverlos á abandonar la causa de los vándalos, y por medio de este vándalo hizo circular Belisario muy astutamente una proclama imperial entre los nobles del reino, en la cual el emperador aseguraba que su ejército no iba para hacer la guerra á su pueblo ni para faltar á la paz eterna estipulada con Genserico, sino únicamente para destronar á un tirano que había atropellado las leyes de aquel rey y encarnizándose con sus descendientes; que en su consecuencia debían coadyuvar á este propósito de quitar al usurpador para gozar cuanto antes de la libertad y paz que el emperador les concedería entonces, de lo cual ponía á Dios por testigo. Estas promesas é incitaciones hipócritas no tuvieron ningun efecto. Ni un solo noble vándalo se pasó al partido imperial.

De Salecto salió Belisario para Cartago por jornadas de 80 estadios próximamente, y haciendo descansar á sus tropas de noche, ya en ciudades, ya en campamentos fortificados. Así pasaron por Leptis y llegaron cerca de Hadrumetum, á un palacio de verano del rey situado á 350 estadios de la capital; palacio que, segun algunos, estaba donde hoy se halla el pueblo de Hamamet, y segun otros en la antigua Afrodísium.

Con el prudente recelo de ser atacado repentinamente y por varias partes á la vez, había dispuesto Belisario su órden de marcha con muchas precauciones. El camino se dirigía del Este al Oeste siguiendo la costa del mar que estaba á la derecha. Por este lado iba la escuadra siguiendo el movimiento del ejército: cubrían el flanco izquierdo, á veinte estadios de distancia (cosa de una hora de marcha) la caballería escogida masageta de Belisario; formaban la columna de vanguardia 300 guardias á caballo á las órdenes del maestre de campo Johannes, gente tambien escogida, y Belisario en persona con el resto de las tropas cubría la retaguardia.

Solo á esta acertada prevision y á la furia insensata del enemigo se debió que fracasara el plan de ataque concebido por Gelimero. Este había confiado la defensa de la capital á su hermano Amata con la órden de dar muerte á Hilderico, Euages y á sus partidarios romanos, conforme se hizo. Haomero ya había muerto á la sazón. Los comerciantes bizantinos que al romperse las hostilidades se encontraban en gran número en Cartago, fueron presos y encerrados en el castillo con el pretexto de que en su tierra habían excitado á sus compatriotas á la guerra; pero con el verdadero objeto de impedir que comunicasen á los bizantinos lo que sabían del estado, preparativos y planes de los vándalos. Precaucion tardía é inútil segun hemos visto.

Gelimero había reunido sus dispersas tropas para un ataque contra el ejército bizantino; pero se mantuvo á tan larga distancia del enemigo durante su marcha, que solo ocurrieron pequeñas escaramuzas entre los exploradores de uno y otro ejército; y sin embargo, el rey vándalo tuvo tiempo y ocasion de intentar una acometida tan poderosa, que Procopio declara que si la hubiera intentado, habría podido á lo menos rechazar hasta el mar á todo el ejército.

Desde Hadrumetum en adelante no podía la escuadra cubrir como antes el flanco derecho del ejército en su marcha; el promontorio de Mercurio (cabo Bon) en cuya punta terminaba la península, exigía que la escuadra describiese para doblarlo un arco de círculo que la llevaba mar adentro, y durante este tiempo perdió el ejército el recurso de refugiarse á bordo de los buques en caso de gran peligro.

El plan de Gelimero era, pues, aprovechar esta circunstancia y atacar al enemigo simultáneamente por tres costas cerca de Décimo ó sea á 10 leguas ó 70 estadios de Cartago y á cuatro jornadas de Hadrumetum, donde los cerros, hoy llamados de Arriana, reducen el horizonte é impiden extender la vista.

Dos sobrinos del rey, Guntimero y Guibamundo, tenían órden de atacar por la izquierda; Amata, saliendo de Cartago, se encargó del ataque de frente, y el rey con el grueso de las fuerzas vándalas debía acometer por retaguardia.

Un exceso de celo y ardor guerrero hizo atacar á Amata con escasas fuerzas, al medio día antes de la hora convenida, porque solo una pequeña parte de sus jinetes pudo seguir el galope impetuoso de su caballo desde la capital á Décimo. Luchando solo había ya tendido muertos en la arena doce de los mas valientes masagetas, cuando recibió á su vez el golpe mortal; entonces volvieron grupas sus contados compañeros y arrastraron en su huida á la infantería que los seguía. Los masagetas los persiguieron hasta las puertas de la capital. En esto atacó Guibamundo por el flanco á los masagetas de Belisario en el Campo Salado, hoy Sebka de Sukara, á 40 estadios á la izquierda de Décimo, y como no estaba apoyado por ningun lado, fué tambien derrotado y muerto. El rey, sin embargo, logró meterse por sorpresa entre el grueso del ejército y los masagetas, ocupar una altura que domina aquel terreno, distante 35 estadios de Décimo, derrotar á una columna que se acercó y arrojarla en desordenada huida sobre el campamento y retaguardia de Belisario, que se hallaban en aquel momento á siete estadios del sitio del combate. Tan grande era el terror de los fugitivos que 800 guardias no pudieron detenerlos y fueron arrastrados tambien en la fuga.

En estas circunstancias, dice Procopio, habría podido el rey á su gusto, ó bien tomar la direccion de Cartago dispersando ó aplastando á los hunos y masagetas que marchaban en esta direccion, ó volverse hácia atrás y aprovechando el espanto y la confusion de los fugitivos arrojarse sobre el campamento de Belisario, destruirlo y apoderarse fácilmente de la escuadra, cuyos buques se iban acercando uno á uno á la costa y solo llevaban para su defensa cinco arqueros cada uno. No hizo, sin embargo, ni lo uno ni lo otro. Deteniéndose delante del cadáver de su heróico hermano Amata, que había encontrado en el camino, perdió los momentos mas preciosos y decisivos en lamentos y en dar disposiciones para su sepultura.

Excelente general como era Belisario, no tardó en introducir de nuevo el órden y la disciplina en sus filas y conducirlas otra vez contra el enemigo. Gelimero fué derrotado y huyó hácia la Numidia, siguiendo la carretera construida por el emperador Adriano, que conduce desde Cartago á Teviste, abandonando así al enemigo la capital, de cuyos habitantes, partidarios secretos de Bizancio, tampoco podía fiarse.

El ejército vencedor, las tropas de la vanguardia y la parte del centro que había retrocedido para reunirse con el resto, pasaron la noche en el campo de batalla, y á la noche del día siguiente presentáronse delante de la capital que les había abierto las puertas y cuyas casas estaban iluminadas como en grandes días de fiesta; mientras que los pocos vándalos que habían quedado en la poblacion buscaban asilo en el recinto inviolable de las iglesias. Belisario, sin embargo, temiendo por un lado una traicion ó sorpresa, ó los excesos y rapiñas de sus soldados alentados por la oscuridad de la noche, prefirió acampar fuera de la ciudad, en la cual no penetró hasta la mañana siguiente, 15 de setiembre, y en órden de batalla, temiendo siempre alguna sorpresa. Al presentarse á la vista la escuadra, habían quitado los habitantes las cadenas que cerraban el puerto; y el alcaide del castillo dió libertad á los prisioneros, casi todos comerciantes bizantinos, á cambio de la promesa de interesarse por él cerca del general. Belisario recomendó á sus soldados la mas estricta observancia de la disciplina, recordándoles que debían una gran parte de su éxito al apoyo de la poblacion á la cual

habían venido á liberrar. En efecto, hasta entonces habían sido recibidos en todas partes como amigos; los habitantes les habían llevado durante sus marchas toda clase de víveres; ni hubo el menor desórden causado por el ejército á excepcion de un solo caso originado por la tripulacion de un buque imperial, que saqueó los almacenes de los comerciantes del puerto; ni se interrumpió el órden ni tráfico por el alojamiento de los soldados en las casas particulares. Por supuesto no faltaron por otro lado tampoco milagros que el pueblo, atendido el carácter decididamente religioso de la expedicion, creía ver en las cosas mas sencillas, como se puede ver por el siguiente de San Cipriano: Los vándalos habían quitado ya en el reinado de Hunerico la basilica de este santo á los católicos, para consagrarla al culto arriano. El santo se había aparecido luego en sueños á sus afligidos feligreses, prometiéndoles venganza, y desde entonces aguardaban sus devotos el día en que cumpliera su palabra. Este día llegó con la entrada de los bizantinos. Los sacerdotes arrianos habían adornado el templo con todas sus joyas, tesoros, objetos sagrados y encendido todas las lámparas para celebrar la victoria de los suyos, que creían infalible; pero se engañaron, y tan rápida fué su fuga, que los católicos pudieron celebrar la victoria del emperador en la misma iglesia suntuosamente adornada, engalanada é iluminada como si se hubiese dispuesto todo para ellos. El santo había quedado vengado.

Lo primero que hizo Belisario fué poner la capital en estado de defensa, abriendo por lo pronto fosos, construyendo empalizadas, y recomponiendo en seguida las murallas donde lo necesitaban. En seguida mandó á Salomon, su segundo, con una relacion detallada de los resultados obtenidos al emperador, que no tuvo mejor quehacer que añadir á sus títulos, sin esperar el fin de la campaña, los calificativos de vándalico, africano y alánico, segun la costumbre romana.

Los caudillos de los moros, sin renunciar por esto á su neutralidad, acudieron á Belisario para pedir el reconocimiento de sus dignidades y la entrega de las insignias y distintivos honoríficos correspondientes y acostumbrados.

Gelimero por su parte no quedó inactivo, y procuró por todos los medios á su alcance dar otro giro á la marcha de los sucesos. Dirigióse con una embajada al rey visigodo Teudis en España para pedirle auxilio; pero éste, informado ya por un buque velero de la rendicion de Cartago, contestó evasivamente y los embajadores volvieron al Africa, donde fueron hechos prisioneros. Llamó el rey tambien á su hermano Zazo con su escuadra y tropas escogidas de la isla de Cerdeña, donde se había apoderado de la persona del emperador Goda castigando su rebelion con la muerte. Gelimero reconoció demasiado tarde cuán torpe había andado en emplear sus mejores fuerzas en un objeto tan secundario, y la carta que escribió á su hermano, y la descripcion de la entrevista de ambos (Zazo desembarcó probablemente en el promontorio de Hipi, cerca de Hipona, porque se vieron los dos hermanos en la llanura de Bula distante cuatro jornadas de Cartago) no son invencion de Procopio; la entrevista está narrada por este autor segun las mismas relaciones de los que la presenciaron; Procopio presenta á los dos príncipes asdings de un modo muy característico. Zazo habla como guerrero esforzado y sencillo, que no puede convencerse de la ineficacia de su espada, y Gelimero como carácter mas complicado y difícil de delinear, con un matiz de blandura triste, que resalta tambien en otras ocasiones y da indicios del fondo poético que le hizo despues pulsar el arpa y cantar su propio infortunio.

Ambos hermanos reunidos se dirigieron con todas las tropas vándalas hácia Cartago y la cercaron. El rey trató de

ataerse á los caudillos moros, pero solo logró que se le uniesen algunos pocos guerreros. Tambien puso un alto precio á cada cabeza de bizantino que le llevaran, y efectivamente, hubo asesinos que para ganar los premios y regalos acecharon y aun mataron á algunos bizantinos; pero lo mas importante fueron las negociaciones secretas que pudo entablar con los masagetas, que estaban disgustados por haber sido llevados á otra guerra en Africa cuando habían hecho la guerra en Persia, concluida la cual, debían ser, segun su contrato, enviados á su país. Belisario que lo supo, mandó empalar á uno de los conjurados fuera de la ciudad, lo que hizo desistir á los demás de su negociacion, declarando, sin embargo, que quedarían espectadores neutrales en la primera batalla que se diera y tomarían despues el partido del vencedor. Del hecho de haber aceptado Belisario semejante condicion puede deducirse cuán insuficientes debían ser sus fuerzas. Gelimero contaba además con los arrianos, no solo de la ciudad sino del ejército, auxilio muy eficaz si se le hubieran prestado como en tiempo de Basílico, por cuyo motivo respetó las propiedades de los alrededores, destruyendo solo el grandioso acueducto, cuyas ruinas existen aun, para cortar á la ciudad el agua. Pero como no se movieron los arrianos, ni era posible tomar por asalto las fortificaciones levantadas por el gran capitan bizantino, hubo de levantar el sitio y marchó en direccion del Sudoeste, perseguido por el armenio Johannes con su caballería, y al día siguiente por el mismo Belisario con infantería y 500 jinetes mas. Cerca de Tricameron, lugar que ha desaparecido y que estaba á 140 estadios al Sudoeste de Cartago, alcanzó Johannes el campamento de los fugitivos, y acampó tambien en frente de ellos, separándoles solo un pequeño arroyo. A la mañana siguiente, cuando los bizantinos estaban ocupados en hacer el almuerzo, salieron los vándalos de su campamento y se adelantaron hácia ellos en completo órden de batalla. El jefe bizantino con el corazon oprimido tendió la vista en direccion de Cartago, con la esperanza de ver llegar á su general, y en efecto, llegó éste, aunque por lo pronto solo con su caballería. En seguida tomó Belisario el mando y dispuso su pequeño ejército de unos 5,000 hombres. Formaban su ala izquierda los confederados (así se llamaban las tropas mercenarias bárbaras); la derecha la caballería imperial, y el centro los guardias mandados por Johannes con el estandarte principal, el bandon. Los masagetas estaban formados aparte aguardando el éxito de la batalla para tomar el partido del vencedor.

El centro vándalo se componía de las tropas escogidas de Zazo que las mandaba; en ambas alas colocó Gelimero milenarios ó sean jefes de millar, en cada una tres, y dejó en reserva la caballería.

El rey recorrió las filas animando á su gente y dispuesto á obrar segun la necesidad del momento. Había mandado á las tropas, como cosa mas digna de héroes, pero con poca prudencia, que solo usasen de la espada, dejando lanzas y ballestas. La accion empezó en los centros porque allí había de decidirse, pues allí estaban las mejores tropas. Johannes se adelantó pasando el arroyo, pero fué rechazado con gran ímpetu; un segundo ataque, reforzado por los guardias de Belisario, fué igualmente rechazado por Zazo que persiguió al enemigo hasta dentro del arroyo. Entonces reunió Johannes todas las fuerzas del centro y embistió por tercera vez. La lucha estuvo indecisa durante algun tiempo; los bizantinos no adelantaban un paso, cuando de repente cayó muerto Zazo, tercera víctima de la familia de los asdings en esta guerra, y que hasta entonces había combatido como un héroe; en torno suyo cayeron los guerreros de su escolta, y entonces empezó el centro á vacilar. Al mismo tiempo pasa-

ron el arroyo las dos alas de los bizantinos haciendo retroceder á los milenarios que tenían en frente. Hubo, pues, un movimiento general de retroceso en toda la línea vándala, que fué retirándose perseguida hasta su campamento por los bizantinos, á los cuales acababan de unirse los masage-tas. Belisario, careciendo de suficiente infantería, no se atrevió á atacar al enemigo en su campo, aunque no tenía fortificación alguna.

Como acción de guerra fué pequeña esta batalla, porque, según el historiador Procopio, solo cayeron como 50 bizantinos y 800 vándalos, explicándose esta gran diferencia en el número de muertos, por la prohibición de Gelimero de usar mas armas que la espada, mientras que los enemigos diez-maban á los vándalos con sus flechas, dardos y lanzas; pero á pesar de su relativa insignificancia, decidió este combate la suerte, es decir, el fin del reino y de la nación vándala. La muerte de Zazo desanimó á todos, y Gelimero no supo ó no quiso servirse de la superioridad numérica de sus fuerzas, que dicen eran diez veces mas numerosas que las de sus enemigos, para acometerles de nuevo. En cambio los bizantinos, reforzados por su infantería que llegó al anochecer, se arrojaron inmediatamente sobre el campamento y lo tomaron á la primera embestida. El ejército vándalo quedó disperso, y Gelimero, acompañado de pocos parientes y servidores, huyó camino de Numidia. La caballería de Belisario no cesó en la persecución y matanza de los fugitivos hasta el día siguiente; los hombres que se hallaron en el campamento fueron muertos, y las mujeres y niños fueron repartidos y vendidos como esclavos. Tal fué la batalla de Tricameron, librada á mediados de diciembre de 533, y que acabó con el imperio de Genserico y con el pueblo vándalo.

El saqueo del campamento, que contenía grandes riquezas, puso á las tropas vencedoras en completo desorden, tanto, que costó muchísimo trabajo á Belisario restablecerlo á la mañana siguiente. Para ello dejó á cargo del armenio Johannes con 200 guardias la persecución del enemigo; pero este tuvo tiempo de huir y no ser alcanzado á causa de un accidente imprevisto. Fué el caso, que el germano Uliaris, tirando á una ave, mató casualmente á su jefe Johannes, y con este motivo su gente hubo de detenerse para cuidarle y luego darle sepultura. Entre tanto seguía Belisario con el resto de las tropas, y supo en Hipona que el rey había logrado internarse en los montes de Papua, hoy de Edough, que se extienden al extremo Norte de la Numidia á lo largo de la costa. Allí, en la vertiente meridional de la sierra, habíase retirado el rey á la ciudad de Medeos y alojado en las casas de los moros amigos suyos. Su plan era buscar un asilo en España cerca del rey de los visigodos, Teudis, adonde había dirigido también á Bonifacio su canciller, con el tesoro real para el caso de una derrota. Esta sierra de Papua ó Edough, está situada en frente de la isla de Cerdeña, y debió ser el punto de la costa donde desembarcara antes Zazo de regreso de aquella isla, por cuya razón Belisario, en la ciudad de Hipona, encontró reunidos muchos vándalos distinguidos que todos cayeron en su poder. Además fué tan grande su suerte, que el tesoro real cayó igualmente en sus manos, porque Bonifacio que al saber la desgracia de Tricameron se había embarcado con rumbo á España, hubo de volver al puerto de Hipona obligado por vientos contrarios, y allí cayó al momento prisionero. Belisario, para evitar que se arrojara al mar con el tesoro, le perdonó la vida y le dejó su hacienda, muy aumentada á última hora, según se dijo, á expensas del mismo tesoro real.

La estación no permitía entonces penetrar en el interior de la sierra; mas para evitar toda tentativa del rey para huir al interior del país y de paso también la llegada de víveres,

colocó Belisario al héruo Fara, cuyo pueblo daba muchos mercenarios al ejército bizantino, con un destacamento de tropas escogidas, de avanzada en un punto extremo de un ramal de la sierra que penetraba allí en el país. Como no se tomó ninguna providencia para impedir la huida del rey por el lado del mar, puede suponerse que la escuadra de Zazo cayó también en manos del general bizantino. Este último regresó en enero (534) á Cartago para organizar en provincia romana los territorios conquistados y ocupar los restantes que componían el imperio vándalo; cosa que no causó ningún trabajo y se hizo con destacamentos poco numerosos que envió á los diferentes puntos. Sin embargo de esta facilidad, era menester no perder tiempo, porque los moros se daban por su parte prisa á ocupar los territorios que no tenían ya dueño; sus veloces jinetes se derramaron por toda la Mauritania Sitifense y en la Cesariense la infantería enviada por Belisario apenas llegó á tiempo para ocupar á Cesárea, la capital. Trípoli, muy apretada ya por los moros, recibió refuerzos para que Prudencio y Tatimuth, que sostenían en la provincia la autoridad del emperador, pudiesen hacer frente á los hijos del desierto.

Para mayor seguridad del imperio era necesario apoderarse de todas aquellas islas desde las cuales los vándalos se habían hecho señores del mar. Así pues, Belisario se dispuso á tomar estos importantes accesorios del imperio vándalo; primero la isla de Cerdeña, donde bastó enseñar al pueblo la cabeza de Zazo, su conquistador, como mudo testigo del cambio ocurrido, para que se sometiera; después Córcega, y luego la cabeza del puente marítimo, que une la Europa al África, Septem, hoy Ceuta, desde cuyo punto no debía tardar en verse amenazado el imperio visigodo de España. El italiano Apolinario tomó posesión en nombre del emperador de Bizancio, de las islas Baleares. Este sujeto había sido favorito de Hilderico, el rey destronado por Gelimero, y habiendo podido salvarse y refugiarse en Constantinopla había vuelto con el ejército bizantino á África. No contento con todo esto el general Belisario, reclamó también aquella parte de Sicilia que antiguamente había pertenecido á los vándalos, sobre todo la importante plaza de Marsala en el promontorio Lilibeo, y cuando las tropas ostrogodas rehusaron entregarla amenazó directamente con la guerra. Amalavinta apeló al emperador, pero ya podía calcular el pago que debía esperar por su preciosa cooperación en la expedición contra el imperio vándalo. En efecto, el Lilibeo fué luego el pretexto de que se valió el emperador para declarar la guerra á los ostrogodos. Demasiado tarde vieron los godos que apoyando á los enemigos de los vándalos no habían hecho mas que preparar el ataque á su propio país.

Mientras esto sucedía, había vigilado Fara escrupulosamente los desfiladeros y pasos que conducen al interior de la sierra y había rechazado con las armas en un combate sangriento una tentativa de ataque dirigida contra sus posiciones. El resultado fué una siempre creciente escasez de víveres que pronto produjo un hambre general mas fácil de soportar para los moros, acostumbrados á una vida en extremo frugal, que para los vándalos entregados desenfundadamente á todos los placeres desde la completa conquista del África romana, la provincia mas afeminada y mas sensual de todo el imperio. Tres meses soportó el rey las privaciones mas crueles, rechazando con régia dignidad las invitaciones de Fara para que se rindiese: solo pidió á su fin de raza (germánica) tres favores: una esponja para lavar sus ojos inflamados, un pedazo de pan, que hacia tiempo no había comido, y una arpa para acompañarse en una canción que había compuesto sobre su triste suerte. ¡Qué lástima que no se haya conservado esta poética queja del último rey ván-

dalo! Esta pérdida es tanto mas sensible cuanto que no tenemos absolutamente ningún resto poético de ninguno de los idiomas godos. Fara cumplió el deseo del recluso, pero siguió guardando rigurosamente la incomunicación de los encerrados con el exterior. Varios de los allegados del rey habían ya sucumbido al rigor de las privaciones, cuando, finalmente, un incidente pequeño acabó con la valerosa resistencia del héroe, hiriendo la cuerda mas sensible de su corazón. Un niño, sobrino suyo, luchó un día desesperadamente con otro de su edad hijo de una mora, disputándose ambos un pedazo de aquellas miserables tortas que las mujeres árabes suelen cocer en la ceniza caliente; el pequeño príncipe asdingo se había tragado un trozo medio crudo y aun quemando, hambriento como estaba, cuando tirado por los cabellos por el otro hubo de arrojarlo otra vez. A la vista de tan repugnante espectáculo desgarróse el corazón del rey. Escribió á Fara diciendo que estaba pronto á entregarse si Belisario le concedía y aseguraba bajo juramento las honrosas condiciones que antes le había ofrecido. Fara obtuvo el juramento, y en seguida fué llevado Gelimero con su reducida escolta prisionero á Cartago, donde le recibió Belisario con los honores debidos en el arrabal de Aclas. Con amarga sonrisa, efecto de su desesperación y desengaño de las vanidades humanas, atravesó Gelimero las calles de su capital, avergonzado por verse abandonado del destino después de haber invocado en su correspondencia con Justiniano y Belisario la justicia de la causa de los vándalos, la ilegalidad del ataque y la protección divina de su derecho.

En mayo siguiente embarcóse Belisario con sus prisioneros para Constantinopla, donde obtuvo dos veces los honores de la entrada triunfal que desde mas de cinco siglos había sido el privilegio de los emperadores. El primer triunfo fué yendo á pié desde su casa al circo, donde le aguardaban sentados en su trono el emperador y la emperatriz. Ostentábase en la procesion el tesoro real de los vándalos, reunido probablemente en su mayor parte por las rapiñas de Genserico; destacándose entre mil objetos preciosos, tronos de oro, el carro de oro de las reinas vándalas, joyas, adornos, vajillas y útiles de oro y piedras finas. Siguieron á esta parte los objetos de plata, cuyo valor subía á muchos miles de talentos, y finalmente el botín hecho en Roma con los objetos y el tesoro del templo de Salomon en

Jerusalén llevado por el emperador Tito á Roma, desde allí por Genserico á Cartago, de Cartago á Constantinopla por Belisario y remitido después de esta última capital por Justiniano otra vez á Jerusalén, para no incurrir en las desgracias que una profecía judaica pronosticaba al pueblo donde se guardara el robo hecho al templo hasta que finalmente hubiese vuelto al sitio que le correspondía. Ya se sabe que no tardó en desaparecer luego de Jerusalén, robado probablemente por árabes ó sarracenos. Entre los prisioneros figuraron Gelimero, sus parientes y los vándalos mas hermosos y apuestos. El rey se hallaba en una disposición de ánimo análoga á la que tenía cuando entró en Cartago: desesperado y resignado, pero sin sonreírse, solo pronunció repetidas veces la sentencia de Salomon: «Vanidad de vanidades; todo vanidad.»

Llegado que hubieron delante del trono imperial, tocaba prosternarse á Belisario y al rey, aquel como súbdito, y este como prisionero. Los hijos de Hilderico, el amigo de los romanos, y los emparentados con Eudoxia recibieron ricos regalos de los emperadores; Gelimero recibió para sí y sus allegados dilatadas fincas en la Galacia; pero como rehusó pasarse al catolicismo no pudo cumplir el emperador la otra promesa que Belisario le había hecho, de elevarle á la categoría de patricio. El segundo triunfo lo celebró Belisario después en 535, como único cónsul elegido por un año: atravesó la capital sentado en un carro triunfal tirado por prisioneros, y arrojando al pueblo oro y plata del botín sacado de los vándalos. Justiniano hizo acuñar monedas en conmemoración de su conquista con la leyenda *Gloria Romanorum*. Durante el regreso de Belisario á Constantinopla, tuvo efecto un levantamiento de jefes moros, mercenarios sediciosos y vándalos dispersos, que costó bastante trabajo de sofocar. Los vándalos desaparecieron sin dejar rastro.

Muchos han querido ver descendientes de los vándalos en los habitantes de algunos distritos del África, que dicen tienen ojos azules y cabellos rubios; pero la historia lo mismo que la etnología rechazan esta suposición del todo gratuita.

Digno de estudio es el contraste que ofrece la resistencia grandiosa que durante mas de veinte años opusieron á los mismos contrarios, los godos, y la apenas momentánea de los vándalos después de una existencia corta á manera de meteoro maligno.

ARBOL GENEALÓGICO DE LOS ASDINGOS

